

# Crisálida

Ana María Morales Espinosa

Lingüística y literatura hispánica  
anamoralespinosa@gmail.com

**E**l 24 de junio a las 12 con 56 minutos dejaré este mundo. Serán aquellas mis últimas horas antes de irme para siempre. Nadie dijo que las decisiones fueran fáciles o que por el contrario fueran muy difíciles de tomar. Hacía unos días en un sueño me senté en una sala con Dios a platicar, él me escuchaba atento haciendo suaves movimientos con la cabeza al poco tiempo el reía complacido de que mis planes eran muy absurdos o muy poco comprensibles. Le dije que me daba terror pensar en hacer lo peor porque conocía el infierno de Dante, un lugar tenebroso y muy oscuro. Algo en mí me decía que quizá hasta yo podría pertenecer a uno de los círculos de aquel laberinto maldito, quizá podría estar en uno donde me arrastrara contra el viento junto a todos los lujuriosos u otro donde pesados cubos de hielo cayeran sobre mi cabeza para toda la eternidad. Le dije a Dios que no estaba segura de hacerlo porque después de la muerte había algo más, algo que no conocía, pero de lo que tampoco dudaba. Le dije que algunos días estaba enojada con él por las cosas que me parecían injustas como la hambruna, el cáncer e incluso la muerte.

Pensaba en lo que pasaría después de atreverme a cortarme la yugular, de dispararme o de ingerir un coctel de medicinas “quizá eso sea lo más sencillo”, me dije, pero también estaba la posibilidad de morir y despertar en el tártaro de Dante o peor aún qué tal si la vida después de la muerte es mucho más pesada y abrumadora de la que tengo ahora. Antes de finalizar el sueño, Dios me dio un capullo, me dijo que desde ese día y hasta el 24 de junio, habría de cuidar de él como una

madre a su hijo, que solo así podría obtener respuestas.

Me sentaba todos los días en una banca cerca de mi casa en donde ancianos, niños y perros veían pasar una vida llena de ilusiones. Yo seguía cuidando al capullo, era blanquicco, con una textura pegajosa y muy frágil, a veces pensaba en abandonarlo y dejarlo a su suerte hasta que un día un niño se me acercó y me preguntó si yo era feliz. No supe qué responder y ante esto, aquel querubín de cabello rizado de unos 7 años me dijo que él era feliz subiendo cada día a la resbaladilla, leyendo un cuento por las noches con su padre y compartiendo el almuerzo con sus amigos, “nada relevante” pensé, sin embargo, había algo en el niño que me parecía muy noble, quizá su inocencia y la pureza no corrupta que aún conservaba.

Cada día que iba al parque el niño se me acercaba y me platicaba de sus aventuras a lo Sherlock Holmes y me sonreía, me decía que yo era bonita sin maquillaje, que creía que cada vez que yo me sentaba en el parque había una iluminación fuera de lugar, no he de mentir, me alegraban sus comentarios, pero el 24 de junio estaba cerca y yo no tenía suficientes motivos para continuar.

Un día antes de mi ultimátum, el capullo quebró y me asusté, pensé que había roto lo único que parecía estar cuidando bien, el niño del parque me vio tremendamente preocupada por lo que estaba pasando con mi capullo, me dijo que estaba bien, que en consecuencia a veces los capullos se rompen, así como la vida misma, como las personas y que incluso hasta las maderas más duras pueden quebrar.

Sonreí y sentí alivio, pasé mis últimas horas observando al capullo, viendo como sus tiernas y blandas capas iban quebrando y abriéndose una por una. El niño a lo lejos me saludaba con la mano y hacía reverencias. No después de mucho el capullo separó y sin más vi unas alas, muy hermosas, quizá lo más hermoso que haya visto nunca y de ahí de ese oscuro caparazón emergió una mariposa imperial, ella como toda una reina se posó sobre mí unos cuantos segundos y se fue volando.

El niño vio aquel espectáculo y corrió a verme, estando junto a mí me preguntó si ahora yo ya era feliz. Me sentí confundida, le pregunté que por qué yo debía ser feliz con una mariposa. El pequeño me tomó de la mano y me dijo:

- ¿Acaso no lo entiendes? Esa mariposa eras tú, cuidaste de ella, la protegiste en la oscuridad cuando estaba ahí dentro encerrada esperando encontrar una luz, gracias a ti se pasó de ser una larva enredada a una mariposa. ¿Lo comprendes? Seguramente no habías notado que tú, así como ella necesitas cuidarte y abrazar tus fracturas, reparar tus alas y luego volar tan alto que jamás tendrás que regresar al capullo, porque la oscuridad existe, eso es algo que está muy claro pero lo que también es cierto es que no es para siempre.

El niño se despidió de mí y yo con lágrimas en los ojos comprendí todo. Mi sueño no había sido un sueño, el niño era Dios y yo era la crisálida en metamorfosis. El 24 de junio a las 12 con 56 minutos, tomé un avión a cualquier destino, me sentí una mariposa que ya en el cielo estaba cerca de Dios y ahí comencé de nuevo. 🦋